

Tariq Ali

A la sombra del granado

Traducción de Miguel Ángel Pérez Pérez

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Shadows of the Pomegranate Tree*

Primera edición: 2003

Sexta edición, con nueva traducción: 2017

Séptima edición: 2023

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / www.elsuarez.com

Imagen: © Wanwisa Hernández / EyeEm / Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Tariq Ali, 2003. All rights reserved

© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2003, 2017, 2023

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-098-7

Depósito legal: M. 26.309-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Aisha, Chengiz y Natasha

Nota del autor

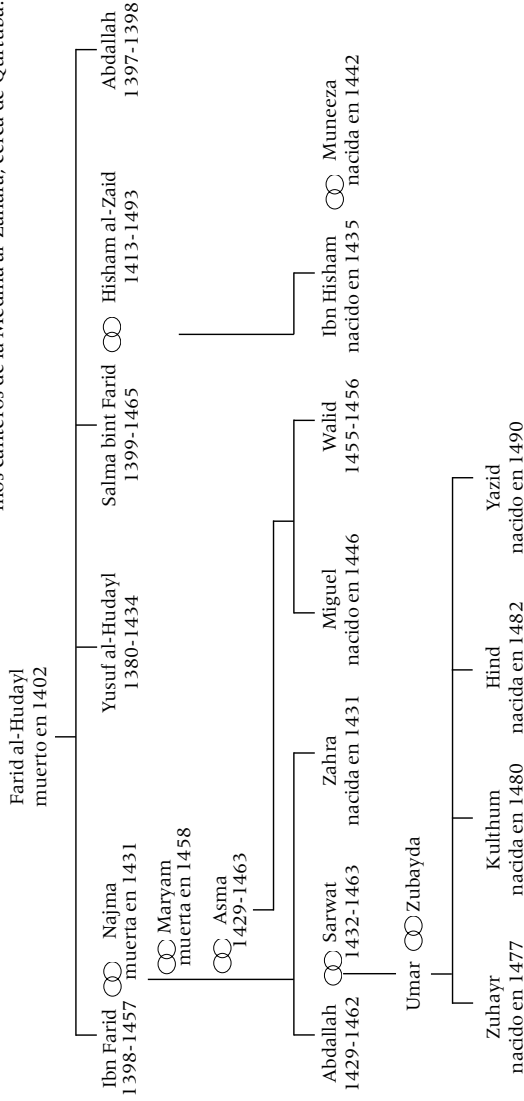
En la España musulmana, tal y como ocurre en el mundo árabe hoy en día, los niños recibían determinado nombre y, además, también se les identificaba por el de su padre o madre. En este relato, Zuhayr bin Umar es Zuhayr, hijo de Umar, y Asma bint Dorotea es Asma, hija de Dorotea. Podía ser que el nombre público de un hombre sencillamente lo identificara como hijo de su padre: Ibn Farid, Ibn Khaldun; hijo de Farid, hijo de Khaldun. Los musulmanes de esta historia emplean los nombres que ellos mismos dieron a ciudades que ahora tienen nombres españoles, incluidas varias que fueron fundadas por los propios árabes. Dichos nombres, así como algunas palabras muy comunes de esa lengua, están explicados en el glosario de la página siguiente.

Glosario

- Abu*: padre
Ama: niñera
al-Andalus: la España árabe
al-Hama: Alhama
al-Hamra: la Alhambra
al-Jazira: Algeciras
al-Mariya: Almería
al-Qahira: El Cairo
bab: puerta
Balansiya: Valencia
Dimashk: Damasco
faqih: eruditos o expertos religiosos
funduq: pensiones para mercaderes de paso
Gharnata: Granada
hadith: los dichos del Profeta Mahoma
hammam: baños públicos
Iblis: demonio, el cabecilla de los ángeles caídos
Ishbiliya: Sevilla
Iskanderiya: Alejandría
jihad: guerra santa
Kashtalla: Castilla
khutba: el sermón de los viernes
madressah: escuelas religiosas
Malaka: Málaga
maristan: hospital-manicomio para enfermos y dementes
qadi: magistrado
Qurtuba: Córdoba
riwaq: residencia de estudiantes
Rumi: romano
Sarakusta: Zaragoza
Tanja: Tánger
Tulaytula: Toledo
Ummi: madre
zajal: poemas estróficos populares improvisados, compuestos en el árabe coloquial de al-Andalus y transmitidos oralmente desde el siglo x.

EL BANU HUDAYL EN EL AÑO 1499 D. C.

Los miembros del clan de Hassan al-Hudayl se fueron de Dimashk en el 237 d. H. (932 d. C.) y llegaron a las avanzadas más occidentales del Islam ese mismo año. Se establecieron en Gharnata y, al año siguiente, empezaron a levantar el pueblo que llevaba su nombre. Su mansión fue construida tres años después por los mismos canteros de la Medina al-Zahara, cerca de Qurtuba.



Prólogo

Los cinco caballeros cristianos a los que se convocó en los aposentos de Jiménez de Cisneros no recibieron con agrado ese requerimiento nocturno. Su reacción tenía poco que ver con el hecho de que aquél fuese el invierno más frío que se recordaba. Eran veteranos de la Reconquista. Las tropas a su mando habían entrado victoriosas en Granada siete años antes y habían ocupado la ciudad en nombre de Fernando e Isabel.

Ninguno de los cinco procedía de esa región. El mayor de ellos era hijo bastardo de un monje de Toledo. Los otros eran castellanos y ansiaban regresar a sus pueblos. Todos eran buenos católicos, pero no querían que se diera por descontado que eran leales, ni siquiera por parte del confesor de la reina. Sabían que éste había hecho que lo trasladaran desde Toledo, donde era arzobispo de esa ciudad conquistada. No era ningún secreto que Cisneros era un instrumento de la reina Isabel, y que ejercía un poder que no se limitaba a lo espiritual. Estos caballeros eran muy conscientes de cómo vería la corte que se desafiase su autoridad.

Los cinco, que pese a ir envueltos en capas seguían tiritando de frío, fueron conducidos a la cámara de Cisneros. La austeridad de la estancia los sorprendió, por lo que intercambiaron miradas. Que un príncipe

de la Iglesia ocupara unas dependencias más propias de un monje fanático era algo sin precedentes. No estaban acostumbrados a ver a un prelado que vivía según lo que predicaba. Jiménez de Cisneros levantó la cabeza, los miró y sonrió. La voz con que les dio las instrucciones carecía de tono autoritario. Los caballeros quedaron desconcertados. El de Toledo susurró de forma bastante audible a sus acompañantes:

–Isabel le ha confiado a un gato las llaves del palomar...

Cisneros prefirió no hacer caso a esa insolencia. En su lugar, elevó un poco la voz:

–Quiero que quede claro que no nos interesan las venganzas personales. Les hablo con la autoridad que me confieren tanto la Iglesia como la Corona.

Eso no era del todo cierto, pero los soldados no acostumbran a cuestionar a los que se hallan al mando. Una vez que estuvo satisfecho de que habían entendido plenamente sus órdenes, el arzobispo los despidió. Su intención era que tuviesen bien presente que el hábito mandaba sobre la espada. Una semana después, el primer día de diciembre de 1499, soldados cristianos bajo el mando de cinco caballeros entraron en las ciento noventa y cinco bibliotecas de la ciudad, así como en una docena de mansiones en las que se encontraban algunas de las colecciones particulares más reputadas, y confiscaron todo lo escrito en árabe.

El día anterior, unos estudiosos al servicio de la Iglesia habían convencido a Cisneros para que excluyera trescientos manuscritos de su edicto. Él aceptó, con la condición de que se guardasen en la nueva biblioteca que iba a fundar en Alcalá. La mayoría de los textos eran manuales árabes de medicina y astrono-

mía. Representaban los mayores avances en esas ciencias y otras disciplinas relacionadas desde los tiempos de la antigüedad. Ahí estaba buena parte del material que, después de viajar desde la península de al-Andalus y desde Sicilia al resto de Europa, había preparado el terreno para el Renacimiento.

Varios miles de ejemplares del Corán, junto con eruditos comentarios y reflexiones teológicas y filosóficas de sus méritos y deméritos, todos escritos con la caligrafía más exquisita, fueron acarreados sin criterio alguno por los hombres de uniforme. Manuscritos únicos que eran fundamentales para entender los pilares de la vida intelectual de al-Andalus fueron metidos en fardos improvisados que llevaban los soldados a la espalda.

A lo largo de todo el día, éstos levantaron una muralla de cientos de miles de manuscritos. La sabiduría colectiva de la península entera yacía en el viejo mercado de la seda de debajo del Bab al-Ramla.

Era el antiguo lugar en el que, en el pasado, los caballeros musulmanes solían montar y competir en justas para ganarse la atención de sus damas; en el que el pueblo llano se reunía en gran número, y los niños, a hombros de sus padres, tíos o hermanos mayores, vitoreaban a sus favoritos; en el que se recibía con silbidos la aparición de quienes desfilaban con armaduras de caballero simplemente porque eran hombres del Sultán. Cuando estaba claro que un valiente se había dejado ganar por uno de los cortesanos por mera deferencia al rey o, lo que también era probable, a cambio de una bolsa llena de dinares de oro, los ciudadanos de Gharnata se mofaban estruendosamente. Era una ciudadanía famosa por su mentalidad inde-

pendiente, mordaz ingenio y la renuencia a reconocer la autoridad de sus superiores. Ésa era la ciudad y ése el lugar elegidos por Cisneros para su exhibición de fuegos artificiales de esa noche.

Estos volúmenes, lujosamente encuadernados e ilustrados, eran el legado artístico de los árabes de la península, y superaban con mucho la calidad de los textos de los monasterios de la Cristiandad. Contendrían unas composiciones que habían sido la envidia de los eruditos de toda Europa. ¡Qué espléndida pila se amontonaba ante la población de la ciudad!

Los soldados que, desde primeras horas de la mañana, construían esa pared de libros, rehuían las miradas de los gharnatinos. Algunos espectadores estaban afligidos, otros indignados, echando chispas por los ojos y con rostros llenos de ira y desafío. Otros tenían expresión ausente, mientras balanceaban suavemente sus cuerpos adelante y atrás. Uno de ellos, un anciano, no dejaba de repetir la única frase que era capaz de pronunciar a la vista de aquel desastre:

—Nos están ahogando en un mar de impotencia...

Algunos de los soldados, tal vez porque nunca habían aprendido a leer ni escribir, comprendían la atrocidad del crimen que estaban ayudando a perpetrar. Les preocupaba el papel que jugaban ellos en él. Hijos de campesinos, recordaban las historias que les solían contar sus abuelos, cuyos relatos sobre la crueldad de los moros contrastaban con lo que se decía de su cultura y sapiencia.

No había muchos de esos soldados, pero sí los bastantes para que las cosas tomaran un derrotero en parte distinto. Conforme bajaban por angostas callejuelas, iban deshaciéndose intencionadamente de unos

cuantos manuscritos delante de las puertas cerradas a cal y canto. Como no disponían de mayor criterio, se figuraban que los volúmenes más pesados también serían los más importantes. Era una suposición falsa, pero no por eso dejaba de ser buena la intención, y el gesto se apreciaba como era debido. En cuanto ya no se veía a los soldados, se abría una puerta y salía rápidamente una figura vestida con túnica que recogía los libros y volvía a desaparecer tras la relativa seguridad de cerrojos y barrotes. De ese modo, gracias a la consideración instintiva de un puñado de soldados, sobrevivieron varios cientos de manuscritos importantes. Posteriormente serían llevados por mar y puestos a buen recaudo en muchas bibliotecas particulares de Fez, con lo que consiguieron salvarse.

En la plaza empezaba a anochecer. Los soldados habían obligado a congregarse allí a una gran multitud de ciudadanos reacios, principalmente varones. Nobles musulmanes y predicadores con turbantes se mezclaban con tenderos, comerciantes, campesinos, artesanos y dueños de puestos de mercadillo, así como con proxenetas, prostitutas y deficientes mentales. Toda la humanidad estaba representada allí.

Desde detrás de la ventana de una pensión, el centinela más favorecido de la Iglesia de Roma observaba la creciente barricada de libros con satisfacción. Jiménez de Cisneros siempre había pensado que sólo se podría eliminar a los infieles como fuerza si se arrasaba su cultura por completo. Eso implicaba la destrucción sistemática de sus libros. Las tradiciones orales sobrevivirían algún tiempo, hasta que la Inquisición se encargara de arrancar aquellas lenguas que delinquiesen. De no haber sido él, alguna otra persona se

tendría que haber ocupado de organizar esa necesaria hoguera, alguien que entendiera que había que salvaguardar el futuro por medio de la firmeza y la disciplina, y no del amor y la educación como no dejaban de proclamar los imbéciles de los dominicos. ¿Qué habían logrado ellos jamás?

Cisneros estaba exultante. Había sido elegido instrumento del Todopoderoso. Otros también podrían haber llevado a cabo esa tarea, pero nadie tan metódicamente como él. Una mueca de desdén se le dibujó en la boca. ¿Qué otra cosa se podía esperar de un cle-ro cuyos abades, tan sólo unos pocos cientos de años antes, se llamaban Mohammed, Umar, Uthman y demás? Jiménez de Cisneros se sentía orgulloso de su pureza. Las pullas que había tenido que soportar en su infancia eran falsas. Él no tenía antepasados judíos. No había sangre mestiza que manchase sus venas.

Un soldado estaba apostado justo delante de la ventana del prelado. Cisneros lo miró y asintió, tras lo que la señal fue comunicada a quienes portaban las antorchas para que prendieran la hoguera. Durante medio segundo el silencio fue absoluto. Después un fuerte lamento desgarró esa noche de diciembre, al que siguieron gritos de: «¡No hay más Dios que Alá y Mahoma es Su Profeta!».

A cierta distancia de Cisneros había un grupo de gente que cantaba una salmodia, cuya letra él no alcanzaba a oír. De todos modos, tampoco la habría entendido, ya que los versos eran en árabe. El fuego se elevaba cada vez más alto. El propio cielo parecía haberse convertido en un abismo en llamas, un espectro de chispas que flotaban en el aire conforme la caligrafía de colores, pintada con tanta delicadeza,

se quemaba. Era como si las estrellas llorasen de pena.

Lentamente, aturdida, la multitud empezó a dispersarse, hasta que un mendigo se desnudó por completo y comenzó a subir por la hoguera.

—¿De qué sirve vivir sin los conocimientos de nuestros libros? —gritó mientras se le llenaban de humo los pulmones—. ¡Esto lo tienen que pagar! ¡Pagarán por lo que nos han hecho hoy!

Se desmayó y las llamas lo envolvieron. En silencio se derramaban lágrimas de odio, mas las lágrimas no podían sofocar el fuego de ese día. La gente se marchó.

No se oye nada en la plaza. Aquí y allá todavía arden algunos fuegos. Cisneros camina entre las cenizas con una mueca en el rostro mientras planifica los siguientes pasos. Va pensando en voz alta:

—Cualquier venganza que planeen desde lo más profundo de su pena, será inútil. Hemos ganado. Nuestra verdadera victoria ha tenido lugar esta noche.

Más que cualquier otra persona de la península, más incluso que la temida figura de Isabel, Cisneros comprende el poder de las ideas. De una patada hace cenizas una pila de pergaminos quemados. Sobre las ascuas de una tragedia acecha la sombra de otra.

Capítulo 1

—A este paso —decía Ama con una voz difícil de entender por su boca desdentada—, no van a quedar de nosotros más que fragantes recuerdos.

Al perder la concentración, Yazid frunció el ceño y levantó la mirada del paño del ajedrez. Estaba al otro lado del patio, inmerso en un intento desesperado por dominar las estrategias del juego. Sus hermanas, Hind y Kulthum, eran consumadas estrategas. Se habían ido a Gharnata con el resto de la familia, y Yazid quería sorprenderlas con una apertura poco ortodoxa cuando volviesen.

Había intentado interesar a Ama en el juego, pero la anciana, riéndose socarronamente de la ocurrencia, se había negado. Yazid no alcanzaba a entender esa negativa. ¿Acaso no era el ajedrez infinitamente superior a las cuentas que ella siempre estaba manoseando? Entonces ¿por qué se le escapaba ese hecho tan elemental?

A desgana empezó a guardar las piezas de ajedrez. Pensó en lo extraordinarias que eran según las devolvía con cuidado a su pequeño hogar. Las había encargado su padre, quien había dado instrucciones a Juan, el carpintero, de que las tuviese talladas a tiempo para el décimo cumpleaños de Yazid, que había sido el mes anterior de ese año 905, o 1500 del calendario cristiano.

La familia de Juan llevaba siglos al servicio del Banu Hudayl. En el año 932 d. C. el cabeza del clan Hudayl, Hamza bin Hudayl, había huido de Dimashk y había llevado a su familia y seguidores a las avanzadas occidentales del Islam. Se había establecido en las laderas de las colinas que estaban a unos treinta kilómetros de Gharnata. Allí había levantado el pueblo que se conocería como al-Hudayl, el cual se hallaba en un terreno elevado y se podía ver desde lejos. Lo rodeaban arroyos de montaña que en primavera se convertían en torrentes de nieve derretida. A las afueras del pueblo, los hijos de Hamza cultivaban la tierra y plantaban huertos. Casi cincuenta años después de la muerte de éste, sus descendientes se construyeron un palacio. A su alrededor había tierras de labranza, viñedos y huertos de almendras, naranjas, granados y moreras que parecían niños apiñados en torno a su madre.

Casi todos los muebles –a excepción, por supuesto, de los que había saqueado Ibn Farid en las guerras– habían sido cuidadosamente realizados por los antepasados de Juan. El carpintero, al igual que todos los del pueblo, conocía la situación de privilegio de Yazid en la familia. El chico era el favorito de todos, así que Juan decidió hacer un juego de figuras de ajedrez que les sobreviviera. Y Juan consiguió superarse a sí mismo.

A los árabes les asignó el color blanco. Su reina era una belleza majestuosa con mantilla, y su esposo un monarca de barba pelirroja y ojos azules que iba cubierto con una túnica árabe, larga y suelta, adornada con valiosas gemas. Las torres eran réplicas de la que presidía la entrada de la mansión palaciega del Banu Hudayl. Los que montaban los caballos eran represen-

taciones del bisabuelo de Yazid, el guerrero Ibn Farid, cuyas legendarias aventuras tanto en el amor como en la guerra predominaban en los relatos de la familia. Los alfiles blancos estaban inspirados en el Imán con turbante de la mezquita del pueblo. Los peones guardaban un asombroso parecido con Yazid.

Los cristianos no sólo eran negros, sino que habían sido tallados con aspecto de monstruos. Los ojos de la reina negra brillaban llenos de maldad, en brutal contraste con la Virgen en miniatura que le colgaba del cuello. Llevaba los labios pintados del color de la sangre. Un anillo de un dedo mostraba una calavera coloreada. El rey tenía una corona que se le podía levantar con facilidad, y como si no bastara con ese símbolo, el iconoclasta carpintero le había puesto al monarca un diminuto par de cuernos. Esas representaciones sin precedentes de Isabel y Fernando estaban rodeadas por figuras igual de grotescas. Los caballeros alzaban sus manos manchadas de sangre. Los dos alfiles tenían forma de Satanás; ambos llevaban dagas y por detrás les salían unas colas como látigos. Juan nunca había visto a Jiménez de Cisneros, o de lo contrario no cabía la menor duda de que no habría encontrado mejor caricatura que en los ojos encendidos y en la nariz aguileña del arzobispo. Los peones se habían transformado en monjes con hábitos, aspecto hambriento y grandes panzas; esbirros de la Inquisición en busca de presas.

Todos los que lo vieron una vez terminado estuvieron de acuerdo en que Juan había logrado una obra maestra. No obstante, Umar, el padre de Yazid, quedó preocupado. Sabía que si alguna vez un espía de la Inquisición veía ese ajedrez, el carpintero sería tortura-

do hasta la muerte. Sin embargo, Juan se mantuvo inflexible: el niño debía recibir su regalo. El padre del carpintero había sido acusado por la Inquisición de apostasía unos seis años antes, mientras visitaba a unos parientes de Tulaytula. Más tarde murió en prisión de las graves heridas que había sufrido su orgullo al ser torturado por los monjes. Como apoteosis final, le habían roto los dedos de ambas manos. El viejo carpintero perdió las ganas de vivir. El joven Juan quería venganza, y ese ajedrez sólo era el principio.

El nombre de Yazid estaba inscrito en la base de cada pieza, a las que el niño había llegado a coger tanto cariño como si fuesen seres vivos. Su favorita, no obstante, era Isabel, la reina negra. Le asustaba tanto como le fascinaba. Con el tiempo, se convirtió en su confidente, la persona a la que podía contar todas sus preocupaciones, aunque sólo después de asegurarse de que estaban a solas. Cuando terminó de guardar el ajedrez, volvió a mirar a la anciana y suspiró.

¿Por qué hablaba tanto Ama sola de un tiempo a esa parte? ¿De verdad se estaba volviendo loca? Eso decía Hind, pero él no lo tenía tan claro. La hermana de Yazid a menudo decía esa clase de cosas cuando estaba furiosa, pero si verdaderamente Ama se hubiese vuelto loca, su padre la habría metido en el *maristan* de Gharnata con la tía abuela Zahra. Hind sólo estaba enfadada porque Ama no paraba de repetir que ya era hora de que sus padres le encontrasen marido.

Yazid atravesó el patio y se sentó en el regazo de Ama. El rostro de la anciana, de por sí un entramado de arrugas, se estrió aún más al sonreír a su custodiado. Dejó las cuentas de cualquier manera y le acarició la cara, al tiempo que le besaba suavemente la cabeza.

–Que Alá te bendiga. ¿Tienes hambre?

–No. Ama, ¿con quién hablabas hace un momento?

–¿Quién escucha a una vieja hoy en día, Ibn Umar? Es lo mismo que si estuviera muerta.

Ama nunca llamaba a Yazid por su verdadero nombre; no, no lo hacía nunca, pues, como todo el mundo sabía, Yazid era el nombre del califa que había derrotado y matado a los nietos del Profeta cerca de Kerbala. Ese Yazid había dado órdenes a sus soldados de que usasen como cuadra para sus caballos la mezquita de Medina en la que el propio Profeta había rezado. Ese Yazid había tratado a los Acompañantes del Profeta con desprecio. Decir su nombre era manchar la memoria de la familia del Profeta. Ella no podía contarle todo eso al niño, pero era razón de sobra para que siempre lo llamase Ibn Umar, o hijo de su padre. En una ocasión Yazid le preguntó por la razón de eso delante de toda la familia, y Ama dirigió una mirada iracunda a la madre, Zubayda, como si dijera: «Es todo culpa suya. ¿Por qué no se lo preguntas a ella?», pero entonces todos se echaron a reír y Ama se marchó de la habitación hecha una furia.

–Yo te estaba escuchando, porque te he oído hablar. Te puedo repetir lo que has dicho. ¿Quieres que lo haga?

–Ay, niño mío –suspiró Ama–, le estaba hablando a las sombras de los granados. Al menos ellos seguirán aquí cuando todos nosotros ya no estemos.

–¿Y adónde nos habremos ido, Ama?

–Pues al cielo, niño mío.

–¿Iremos todos al cielo?

–Que Alá te bendiga. Tú irás al séptimo cielo, mi pedacito de luna, pero de los demás no estoy tan se-